

CAPÍTULO VIII.

*De la gran caridad de la amada santa Isabel,
y de su amor á la pobreza.*

Da pauperi, ut des tibi: da pauperi
micam, ut accipias totum panem; da
tectum, accipe coelum; da res peri-
turas, ut accipias aeternas mensuras.
(S. Petrus Chrysologus, *Serm. VIII*
de ieiun. et elemos.).

In te misericordia, in te pietate,
in te magnificenza, in te s'aduna
Quantunque in creatura è di bontate.
(Dante, *Parad. c. 33*).

Mientras Isabel imponía á sus sentidos tan riguroso yugo, y se trataba á sí misma con dureza tan perseverante, rebosaba en su corazón la misericordia y caridad para con los pobres. La tierna piedad de que había dado muestras desde la infancia, iba por grados tomando aquel nuevo incremento que en breve debía llegar á merecerle el glorioso y dulce sobrenombre de *Patrona de los pobres*, bajo el cual la venera hoy la cristiandad. La liberalidad para con los pobres era uno de los rasgos de aquella época, sobre todo entre los príncipes; pero se observaba que en Isabel la caridad no nacía del influjo de su cuna, y menos todavía del

deseo de ser alabada ó atraerse un reconocimiento y gratitud puramente mundanal, sino mas bien de una celestial é interior inspiración. Ya desde muy niña la llenaba el corazón de dolor la vista de un pobre; y ahora que su esposo la dejaba en completa libertad para todo lo que se refería al honor de Dios y provecho del prójimo, se abandonaba sin reserva á la natural inclinación de socorrer á los miembros pacientes de Cristo. Consagrar á los pobres el importe y valor de todas las cosas superfluas, cercenadas á los hábitos de su sexo y dignidad, era su pensamiento de cada día y de cada momento; y á pesar de que la caridad de Luis ponía á su disposición recursos nada escasos, tan de prisa distribuía cuanto había á las manos, que muchas veces se vió precisada á despojarse de los vestidos que llevaba puestos para poder aliviar á algun desgraciado.

Tan tierna abnegación de sí misma no podía menos de cautivar la imaginación y el corazón del pueblo. Cuentan las antiguas crónicas que bajando un jueves á la ciudad la Duquesa ricamente vestida y puesta la corona, halló al paso una turba de pobres á quienes repartió todo el dinero que lle-

vaba consigo. Cuando ya nada le restaba que dar, acercóse un infeliz pidiendo una limosna con voz y ademan lastimero; y como ella no tuviese qué darle, ni la sufriera el corazon contristar á aquel desdichado, quitóse de la mano uno de sus guantes ricamente bordado de oro y pedrería, y lo entregó al pobre. Acertó á ver la accion un caballero de la comitiva, que corriendo tras el pobre le compró el guante de la Duquesa, y lo puso luego prendido á su casco á modo de cimera, como prenda de la proteccion divina. Este caballero fué despues á la cruzada y adquirió gran fama por sus hazañas. Vuelto á su patria, y estando ya para morir, declaró que toda su gloria y fortuna en los lances de la guerra no podia atribuirlos á otra cosa sino á la dicha de haber poseido y llevado consigo, toda la vida, un recuerdo de la amada santa Isabel ¹.

Pero el amor á los pobres de Cristo no podia quedar satisfecho en el corazon de la Princesa á fuerza de donativos y dinero, sino de personales servicios y cuidados amo-

¹ Rebhahn. *Hist. Eccles. Isenac. Mss.* — *Passional*. Segun este último, no fué un guante sino una de las mangas sueltas del vestido; otros autores dicen que fue el rebecillo.

rosos y pacientes, limosna la mas santa, preciosa y aceptable tanto á los ojos de Dios como á los de los mismos desdichados. Practicaba Isabel esta limosna con la sencillez y alegría exterior que le eran habituales. Si los que venian á implorar su caridad eran enfermos, despues de darles desde luego lo que podia é informarse de su vivienda para pasar á visitarles, iba allá sin detenerse ni por la distancia ni por el mal camino; sabiendo que nada hay que fortifique el sentimiento de la caridad como el profundizar las miserias humanas en lo que tienen de mas positivo y material. Al penetrar en las chozas mas distantes del castillo y las mas repugnantes por la suciedad y mal olor, ostentaba en estos asilos de la pobreza una especie de devocion y familiaridad á un mismo tiempo; y llevaba consigo aquellas cosas de que creia mas necesitados á sus míseros habitantes, infundiéndoles mayor consuelo aun con sus dulces y afectuosas palabras que con estos generosos dones ¹. Pagaba de su bolsillo las

¹ Ceulx sermoit sainte Ysobiaux,
Les moz lor dizoit doux et biaux
De pacience et de salut.

(*Rulebeuf*).

deudas de los que hallándose empeñados no tenían con qué satisfacer á los acreedores. Eran objeto predilecto de su compasion las mujeres pobres que se hallaban de parto, yendo, siempre que podia, á animarlas y asistirlas junto á sus miserables lechos, recibiendo en sus brazos con amor de madre á los recién nacidos, envolviéndolos en pañales que habia cosido ella misma, y sirviéndoles muchas veces de madrina en el bautismo, á fin de tener en esta espiritual maternidad un motivo de mas para amarlos y cuidarlos toda la vida. Cuando alguno de sus pobres moria, acudia presurosa á velar el cadáver, amortajarle con sus propias manos, y á veces en sábanas de su mismo lecho; asistia á su funeral dejando suspensos de admiracion á cuantos veian la humildad y recogimiento con que acompañaba el féretro del último de sus vasallos.

En su casa empleaba los ratos de ocio, no en las diversiones delicadas de los ricos, sino, como la mujer fuerte de la Escritura, en trabajos penosos y útiles, hilando con sus doncellas lana con la cual hacia despues ella misma ropas para los pobres ó para los religiosos mendicantes que

por este tiempo vinieron á establecerse en sus Estados. Por toda comida tomaba muchas veces unas legumbres á medio cocer, sin sal ni otro condimento; todo hecho así de propósito á fin de saber prácticamente de qué modo comian los pobres: ella lo hacia con la mayor alegría, á pesar de ser tan escaso y miserable alimento.

Ya vimos que muchas veces pasaba hambre por no querer echar mano de las viandas que suponía proceder del trabajo de los pobres injustamente exigido; pero su celo por la justicia y su tierna solicitud por los desgraciados no se limitaban á tales escrúpulos puramente personales. Cuando al ocuparse en los cuidados ordinarios de su casa echaba de ver las señales de cualquier atentado ó desafuero cometido contra los pobres campesinos, iba volando á dar cuenta de ello á su marido, sin perjuicio de indemnizar por sí misma al ofendido hasta donde le era posible hacerlo. Cual si estas tiernas virtudes fueran herencia imprescriptible de la casa de Hungría, dos siglos casi mas adelante volvemos á hallarlas en otra mas ilustre y jóven soberana, hija, como Isabel, de un rey de Hungría, en la princesa Heduwigis, elegida á la edad de trece años

para reina de Polonia, que por medio de su casamiento con Jagellon realizó la union de la Polonia con la Lituania, y que á la edad de veinte y ocho años (1399) murió en olor de santidad despues de haberse hecho célebre como la mas bella y animosa princesa de su tiempo. Digna de la raza de Isabel por la inmensa piedad de su corazon, ha legado á los anales de su país uno de los dichos mas deliciosos y tiernos que jamás hayan pronunciado los labios de un cristiano. Habiéndose presentado á ella unos pobres paisanos á quejarse de que los criados del rey les habian arrebatado todo el ganado que poseían, corrió á ver á su esposo y obtuvo de él la restitucion inmediata; despues de lo cual añadió ella: «Ya les «han vuelto su hacienda; pero ¿quién les «volverá sus lágrimas ¹?»

Isabel se complacia en llevar ella misma á los pobres, sin que nadie lo viera, no solamente dinero, sino tambien comestibles y otros objetos que destinaba para ellos,

¹ En el apéndice núm. 3 de la edicion en 8.º he procurado presentar un bosquejo de la vida de la reina Heduwigis, que algunos autores llaman santa confundiéndola con la otra Heduwigis, tia de Isabel.

echando con esta carga por extraviados y escarpados senderos que desde el castillo conducian á la ciudad y á las cabañas de los vecinos valles. Un día en que, acompañada de una de sus criadas favoritas, descendia á lo largo de un sendero sumamente escarpado que todavía se enseña hoy ¹, llevando en la falda de su vestido pan, carne, huevos y otras cosas, se encontró de pronto cara á cara con su marido que volvia de caza por aquel sitio. Admirado el Duque de verla encorvada con el peso de aquel envoltorio, le dijo: «Veamos qué es «lo que llevas ahí;» y al mismo tiempo, á pesar de la resistencia de Isabel, descubrió el bulto que, toda espantada, apretaba contra su pecho; pero no encontró sino una multitud de rosas blancas y encarnadas las mas lindas que jamás hubiera visto; lo cual le dejó tanto mas suspenso y sorprendido cuanto no era entonces la estacion de las flores. Apresuróse á calmar con sus caricias la turbacion de Isabel; pero se detuvo de improviso viendo brillar sobre su cabeza una imágen luminosa en figura de cruz.

¹ Llámase hoy, como entonces, este sitio con el muy expresivo nombre de *Kniebrechen*, esto es, Rompepiernas.

Entonces la instó para que continuara su camino cual si no se hubiesen tropezado; y él subió al castillo meditando con recogimiento en las maravillas que Dios obraba con su esposa, y llevando consigo una de estas prodigiosas flores que guardó durante su vida. En el sitio mismo donde se operó el milagro, y junto á un vetusto árbol que hizo derribar, mandó alzar una columna coronada por una cruz para perpetuar el recuerdo de la que vió aparecer sobre la cabeza de su esposa ¹.

Entre todos los miserables que excitaban su compasion ocupaban en su corazon compasivo un distinguido lugar los leprosos que fueron durante la edad media, en fuer-

¹ Hermann de Fritzlar, el manuscrito de los Franciscanos y Pelbarto de Temeswar en su sermón xcvi refieren este milagro á la niñez de la Santa. Segun ellos, saliendo un dia la Santa de las cocinas con unos víveres que habia tomado de allí para los pobres, encontró á su padre ó su suegro, quien le preguntó: «¿Qué llevas ahí, niña?— Son «rosas, contestó ella, para hacerme una guirnalda. «—Veamos esas rosas.» Y en efecto rosas era lo que habia. He preferido seguir á la mayoría de los autores y la general tradicion que colocan este milagro en la época de la vida conyugal, y hacen intervenir en él al marido segun refiero en el texto. Por lo demás, este es el mas popular y célebre en-

za del misterioso y particular carácter de su infortunio, objeto de una solicitud mezclada de afecto y terror ¹. Á imitacion de muchos príncipes y santos de aquella época, Isabel se deleitaba en sobreponerse á á este último sentimiento, y en despreciar todas las precauciones que separaban de la sociedad cristiana en lo exterior á estos seres marcados por la mano de Dios. Donde quiera que acertaba á ver á alguno de ellos, salia á su encuentro sin tener en cuenta el peligro del contagio; se sentaba á su lado, le dirigia tiernas y consoladoras pláticas, le exhortaba á la paciencia y confianza en Dios, y se despedia dejándole abundante limosna. «Debes, le decia, sufrir este mar-

tre los milagros de la Santa: los pintores y escultores católicos la han representado á cada paso con el regazo lleno de flores. Todavía hoy se cultivan rosas en gran cantidad al rededor de su iglesia de Marbourg, y tambien de Wartbourg. El pueblo de aquel contorno, aunque protestante, ha conservado amorosamente esta leyenda. Yo la he oido de boca de un paisano de las cercanías de Marbourg en 29 de junio de 1834, con la circunstancia de la rosa que tomó y llevó consigo el Landgrave, circunstancia que no he visto en autor alguno. El mismo milagro se atribuye á santa Isabel de Portugal y á santa Rosa de Viterbo.

¹ Véase mas adelante el cap. XXV.

«tiro de buena gana, sin tristeza ni impaciencia. Cierta estoy de que si llevas con «resignacion este infierno que Dios te «envió en la presente vida, has de verte libre «y seguro del infierno de la otra. Sábetelo «que en esto hay un grandísimo merecimiento.» Encontró cierto día á uno de estos desdichados, que por añadidura de su horrible mal, padecía una asquerosa enfermedad en la cabeza. Á pesar de que su aspecto causaba indecible repugnancia, Isabel le hizo venir secretamente á un sitio retirado de su jardin, donde acomodando la cabeza del leproso entre sus rodillas le cortó con sus propias manos el pelo, le lavó y vendó la cabeza: sorprendida en tan singular ocupacion por sus damas de honor, se contentó con dirigirles una sonrisa sin pronunciar palabra alguna ¹.

Un día de Jueves Santo Isabel reunió á

¹ Mendicum, horrendum aspectu, capitis infirmitate laborantem, secreta assumpsit, caputque eius in sinu suo reclinans, horridos capillos ipsius sanctis manibus totondit, etc. Supervenientibus correpta pedisequis, ridebat et tacebat. (Theod. II Cod. Heid.).

Et elle ne savoit que dire,

Se prenoit par amours à rire.

(Rutebeuf).

una porcion de leprosos; lavóles los piés y las manos, y despues postrada á sus plantas, les besó humildemente las úlceras y llagas. Otra vez, habiéndose ausentado el Duque por algunos dias para su castillo de Naumbourg, situado en el centro de sus posesiones septentrionales y fronterizas de la Sajonia, Isabel se quedó en Wartbourg, y empleó el tiempo que su marido estaba ausente en redoblar el celo para con los pobres y enfermos, lavándolos y aseándolos por sí misma, vistiéndolos de nuevo con ropas que ella habia hecho, no obstante el manifesto y público desagrado de la duquesa-madre Sofia que vivia con su hijo despues que habia quedado viuda, de cuyas quejas y mal humor hacia muy poco caso la jóven Princesa. Habia entre estos enfermos un jóven leproso, llamado Helias, reducido á tan deplorable estado que ninguna persona queria ni osaba curarle. Solamente Isabel, compadecida de aquel abandono general, se creyó obligada á hacer por él mas que por otro alguno. Tomóle, pues, consigo, le bañó, dióle unturas generales con un bálsamo saludable, y luego le acostó en el mismo lecho donde ella solia dormir con su marido. Llegaba el Duque al

castillo justamente cuando Isabel acababa esta caritativa tarea. La Duquesa-madre, que le vió llegar, salió á recibirle, y no bien le vió apearse, cuando le dijo: «Ven, querido, ven conmigo y te enseñaré una linda proeza de tu Isabel. — ¿Qué significa esto? dijo el Duque. — Te digo que «vengas; tú verás una persona á quien ella «ama algo mas que á tí que eres su marido.» Y tomando al Duque por la mano condújole á su cámara; y acercándole al lecho donde yacia el leproso, exclamó: «Mira, hijo querido; tu mujer mete los leprosos en tu propia cama, sin que yo pueda estorbárselo: ya lo ves; quiere, á no «dudarlo, que te se pegue la lepra.» No pudo Luis, al oír estas palabras, dejar de sentir cierta irritacion que se echó de ver en el ademán con que apartó á un lado las sábanas y cubierta de la cama para ver lo que habia dentro. Pero en el mismo instante el Todopoderoso le abrió los ojos del alma, según la hermosa expresion del historiador; y en vez del leproso, el Duque vió la figura de Cristo crucificado tendido en su lecho. Dejóle estupefacto aquel prodigio, y lo mismo á su madre, y corrió de sus ojos abundante llanto sin poder por lo

pronto proferir una sola palabra. Y al volverse y ver á Isabel, que le habia seguido sin ruido á fin de calmar su cólera contra el leproso, le dirigió estas palabras: «¡Oh Isabel, amadísima hermana mia! en «buen hora dés mi lecho á tales huéspedes «cuantas veces quieras; yo te lo agradece- «ré mucho: no consientas que nadie se «oponga al ejercicio de tus virtudes.» É hincado de rodillas dirigió á Dios esta plegaria: «Señor, apiadaos de mí que soy un «pobre pecador: no merezco yo ver con mis «ojos tales maravillas, harto lo conozco; «dadme gracia para ser un hombre confor- «me á vuestro corazón y divina voluntad.»

Aprovechóse Isabel de la profunda impresion que esta escena habia producido en el ánimo de su esposo para pedirle el permiso de construir un hospicio en la pendiente de la roca que domina á Wartbourg y en el mismo sitio donde mas adelante hubo un convento de Franciscanos. En este establecimiento sustuvo desde luego á veinte y ocho pobres enfermos ó achacosos, elegidos entre los que no podian por su gran debilidad subir hasta el mismo castillo; llevándoles por sí misma, todos los dias, de comer y beber, y visitándolos de continuo.

Viviendo de esta suerte con los pobres y por los pobres, no es de maravillarse el que Dios le haya inspirado ese amor santo de la pobreza con que se distinguieron siempre las almas mas favorecidas con sus gracias. Mientras por un lado Francisco de Asis, hijo del pueblo, abria al mundo una nueva puerta del santuario por la cual se lanzaban ardorosamente todas las almas ávidas de sacrificios y abnegacion, suscitaba Dios en el seno de la aristocracia alemana esta hija de reyes que ya á la edad de quince años sentia abrasado su corazon en el fuego del deseo de la pobreza evangélica, y que con el hondo y soberano desprecio de todos los bienes terrenos confundia el orgullo y fausto de sus iguales. Parece como que el Señor le designaba así el puesto que debia ocupar, y que ella se apresuró á tomar, en el culto y reverencia á la Iglesia y en el amor al pueblo cristiano junto al héroe de estas dos virtudes, el Serafin de Asis. En la flor de la juventud y de la belleza habia logrado secar en su corazon las mas diminutas raíces de las glorias mundanas: «ella, dice un escritor antiguo, ella que se encontraba en el centro de los honores y de la gloria, buscaba la pobreza para des-

«asirse de todo afecto mundano, y para ser «pobre como lo habia sido Nuestro Señor «Jesucristo.»

Sentia Isabel un irresistible deseo de asociar á su muy amado esposo á todas estas secretas y santas fantasías, á todos los transportes de su infantil imaginacion, acerca de una vida ideal á la vez mas simple y mas conforme á la perfeccion evangélica. Una noche en que hallándose en el lecho ambos estaban desvelados, le dijo: «Si no lo teneis á enojo, quisiera, señor, «deciros cierto pensamiento que tengo sobre el género de vida que podríamos abrazar para servir mejor á Dios.—Decidlo, «dulce amiga mia, respondió Luis.—«Quisiera, repuso ella, que poseyéramos una «sola yunta de tierra para vivir y como «unas doscientas ovejas: vos labraríais la «tierra, cuidaríais de los caballos, llevando «por amor de Dios la fatiga; yo cuidaria «las ovejas, las llevaria al pasto y las esquilaria por mi misma.» Echóse á reir el Duque y replicó: «Á bien, querida hermana, que con tanta tierra y ganado, pareceme que no habíamos de ser muy pobres; antes muchos habian de tenernos «por ricos y bien acomodados ¹.»

¹ El monje Reberto.

Encantado el Príncipe de tan ingénuo sencillez, refirió pocos días despues esta conversacion íntima á su amigo el arzobispo Teodoro de Treves, á quien despues la oyó el historiador que nos la ha conservado.

Otras veces se ponía á hablar largamente con sus criadas, que eran tambien sus amigas, acerca de las alegrías de la pobreza; y con frecuencia la jóven Princesa, tan niña de corazon como de edad, trataba de realizar en imágen siquiera sus piadosos y santos deseos. Para esto, despojándose de sus régias vestiduras, se echaba sobre los hombros un manto ruin de color ceniciento, propio traje de villanos y pobres, y cubierta la cabeza con un velo estropeado y roto, iba andando delante de sus compañeras á guisa de una pordiosera pidiendo pan: luego, como si una celestial inspiracion le revelara en aquel instante la suerte que Dios la reservaba en el mundo, decia á sus compañeras: «Así andaré yo cuando sea «pobre, y esté en la miseria por amor de «Dios ¹.»

¹ Coram ancillis in palatio... vili pallio se induens... processit tamquam paupercula... tamquam praesago corde sui futuri status prophetissa, dixit ad ipsas: «Sic procedam cum pro Deo meo meas «miserias sustinebo.» (*Theod. loc. cit.*)

Al referir san Francisco de Sales en su *Vida devota* á Filotea este rasgo de nuestra Santa, exclama: «¡Oh Dios mio! cómo sabia esta Princesa ser pobre en su riqueza, «y cuán rica era en medio de la pobreza!»

Confieso ingénuamente que en la vida de esta Santa, la cual con tanto amor y detenimiento he estudiado, nada encuentro que me parezca mas tierno é interesante, mas digno de admiracion y envidia, que esta infantil sencillez cuyo relato hará asomar á algunos labios la sonrisa del desden. Mas para mí, este cándido abandono á todas sus impresiones, estas sonrisas, estas lágrimas tan frecuentes, estas alegrías é inquietudes de niña; estos inocentes juegos del alma que se arroja confiada en el seno de su Padre celestial, unidos á pensamientos tan elevados, á una piedad tan fervorosa, á una caridad tan activa, tan decidida, tan ardiente, ofrecen el mas dulce y poderoso de todos los encantos. Sobre todo en un tiempo como el nuestro, en que las flores se agostan sin dar lugar á la madurez de los frutos; en que la sencillez está muerta tanto en la vida privada como en la social y pública, es imposible que un cristiano contemple sin emocion y santa envidia

el desenvolvimiento y manifestacion del alma de esta Isabel, cuya fugaz existencia no ha sido mas que una dilatada y celestial infancia, una constante obediencia á aquella palabra que el Señor dijo cuando trajo á sí un pequeño niño, y colocándole en medio de sus discípulos exclamó: *En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*¹.

CAPÍTULO IX.

De la gran devocion y humildad de la amada santa Isabel.

Mittet radicem deorsum, et faciet fructum sursum.

(IV Reg. xix, 30).

Escole fu de bones mors,
Essemble fu de penitence,
El droit miraouers d'innocence.
(Rutebeuf, Mss.).

Isabel no podia en manera alguna practicar la virtud del amor del prójimo con abnegacion tan sobrehumana sin que su corazon estuviera inundado y dominado

¹ Matth. xviii, 3.

por el amor de Dios; ni sin amar á Dios sobre todas las cosas pudiera amar á sus hermanos tanto y mas que á sí misma. Hé aquí por qué la vemos hacer cada dia nuevos progresos en esta sublime ciencia; enriquecerse de continuo con los tesoros de la humildad, que habia sido la primera compañera de su infancia, y ahora crece y se desarrolla en su alma ocupando toda entera aquella santa vivienda, donde Isabel *se encuentra á las mil maravillas*, segun la expresion de uno de sus poéticos biógrafos: hé aquí por qué de dia en dia con el auxilio de esta amiga divina aprende cada vez mejor á domar los últimos restos de la tierra que en su corazon existen; de forma que á despecho de su tierna juventud, de los deberes de su estado, y de las distracciones de su clase, habia llegado ya á un grado de reposo y confianza en Dios, cual pudiera encontrarse en los Santos mas ilustres.

Para llegar á tan alto estado y para mantenerse en él, ninguna cosa la habia ayudado con mas eficacia y constancia que la guarda escrupulosa de los mandamientos de la Iglesia y la frecuencia de los Sacramentos que á sus hijos ofrece esta madre